



Orden aleatorio

Cincuenta poemas (1989-2014)

LUIS VICENTE DE AGUINAGA



D
Literatura
UNAM

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



Orden aleatorio

(Cincuenta poemas 1989-2014)



Orden aleatorio

(Cincuenta poemas 1989-2014)



LUIS VICENTE DE AGUINAGA

Selección de Víctor Cabrera y el autor

Textos de Difusión Cultural
Serie Presente perpetuo



Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2015

Primera edición: noviembre de 2015

D.R.© Luis Vicente de Aguinaga

D.R.© 2015 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL / DIRECCIÓN
DE LITERATURA

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
04510 México, D.F.

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

ISBN: 978-607-02-7393-3

ISBN de la serie: 970-32-2631-0

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la
autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Teresa. Matías. Lucas.

AVISO

En este libro, más que ordenar, desordeno cuarenta y cinco poemas extraídos de mis doce poemarios editados hasta la fecha y les agrego, también en desorden, cinco poemas recientes, no recogidos en libro alguno todavía. Víctor Cabrera, con paciencia y generosidad, hizo una primera selección. Yo añadí algunos textos, descarté muchos otros y barajé los que fueron quedando. En el índice se aclara la procedencia de cada poema.

Publiqué mi primera plaquette en 1989, a los diecisiete años. Lo propio, en este caso, es exclamar (o, al menos, insinuar) que ha pasado mucho tiempo. No es para tanto. A lo más que llegaría es a decir que han pasado muchos tiempos: el de las experiencias, el de los gustos, el de los intereses, el de los estilos. Pero la gratitud que siento es la misma: por mis compañeros y maestros, por mis lectores y editores, por mis amigos y familiares y, desde luego, por las tres personas cuyos nombres figuran tras el título del volumen. Son todos ellos quienes, en un cuarto de siglo, le han dado sentido a estas páginas.

Luis Vicente de Aguinaga

UNO

*Abierto el mar de profecías. Esbelto camino al abandono
que el mar es. Ciudad, muralla: camino al mar, camino al camino
de los barcos: nadie.*

*Nadie en la costa, que parece oxidada, olvidada en el anochecer
ruinoso de los náufragos.*

*Salgo de la ciudad porque me arrastra un viento, porque un aire de
flechas disparadas renueva mi vigilia,
y donde gira el viento me detengo. Nadie.*

*La playa invoca una llovizna perpetua, un resabio de huracán,
una pata trasera de huracán,*

un mar dislocado y materno que estalla en agujas cenitales.

*Cantaban los hombres: amanece. Cantarían los hombres,
que tejieron su rostro con miradas.*

Pero los guerreros han abandonado el canto

*y el canto sobrevive. Pero los guerreros han abandonado sus rostros
y persiste en la arena un delta de visiones, como una red que se
pudre y peces robados por las aves.*

*Viento. El viento es la ciudad de los náufragos, su altar al ángel
transparente de la fuga.*

*Como nave que atraviesa las aguas agitadas, como dardo que
viaja en el tiempo, así los náufragos: regresan al mar y su carne
los envuelve,*

*regresan al aire que se agolpa tras ellos
como piedras de un muro,*

como ladrillos de un pueblo dismantelado que los sigue.

Vuelven a ser el aire que los puso en la costa, vuelven a ser el agua

que le dio forma al ángel, vuelven a ser el aire que hirió la opacidad del polvo, su inarticulado recinto.

Tierra de espejos indelebles y figuras disueltas, de oraciones talladas, labradas con la materia de lluvias circulares en la dureza binaria de los muros. Piedra, la mañana.

Tierra de cicatrices, tierra desdoblada en el ojo, en un ojo que sueña.

Su canto, paloma por paloma, sobrevive.

ABOLICIÓN DEL VIAJE

Incendiar la tierra firme
la relación
del barco con el puerto
el punto fijo
Olvidar la referencia
Echarnos al mar

en balsas desancladas
Que no tenga nombre el viaje
como no lo tiene lo delgado del papel
lo quieto de la muerte

Que no tenga nombre el viaje
que no lo tiene el escándalo del sol
lo helado de la regadera
engendradora de la lluvia

MEDIO DE CONTENCIÓN

a Ricardo Castillo

1

Quién oyó nunca el paso de las tribus.
Iban de norte a sur, de un lado a otro, y eran olas
de insectos o parvadas
que azuzaban el aire. Los domingos
burlaban el acoso de unas calles arteras,
ganaban las espaldas del contrario
y se arremolinaban con ventaja
frente al arco rival— y en el momento, en la hora precisa,
al tenderse las redes de la gloria,
despachaban su tiro a las tribunas
(sin que hubiera tribunas)
y un abucheo de todos los demonios
acompañaba su regreso.

Quién recuerda siquiera esa rechifla.

Hoy el tiempo se mide por semáforos
y un latido continuo de luz roja
te ahueca el pecho, zumba en tus pulmones
como un viejo balón que se desinfla.

2

Algo quiere tu sombra, que no hay manera de borrarla.
Está siempre a tus pies como un sirviente
y repite con sorna tus quiebres más audaces.
Si metes la mano a discreción, su mano te delata.
Si corres al espacio, te persigue.
Si un balonazo por lo alto
exige tu vuelo en vertical, ella se achica
y se agranda después, al ir bajando,
y como un charco de lodo refleja tu caída.
Mientras te subes las calcetas
puedes verla de frente.
Algo querrá.

Es tu enemiga, y tienes que marcarla.

3

Libre de culpa, se amarra los botines.
Ajusta el cuello de su camiseta
y enseña, casi por descuido, los tatuajes
que cifran la historia de sus bíceps.
No lleva espinilleras.
Al comienzo del juego está muy serio, y poco a poco
ya grita y maldice y gesticula.
Quizá, puede ser, nunca se sabe: tal vez,
para el segundo tiempo,
consiga entrar de cambio.

No estaré aquí.

Sobre la hierba
grisácea de los parques
anidará un amago de eucalipto, y ese olor
de perros migratorios como peces
calará en las banquetas.

No estaré aquí.

La lluvia
enjuagará el paso de los carros,
se dejará patear la piedra hasta la esquina
y arriba del camión, al ver el cielo,
dirás que la luz no brilla como antes.

Cuando se agregue a la curvatura de las brújulas
un territorio inexplorado, el mediodía
consentirá de nuevo que la tarde caiga.

No estaré aquí.

Síganse de frente.

FRAGMENTO DE UN POEMA
DELIBERADAMENTE RECORTADO

Es vano mencionar la oscuridad
si no garabateamos algún nombre
de la noche
inventado por nosotros.

Mejor prenderle fuego a las cuartillas,
usar todos los lápices sin punta
y odiar hasta la hora de la muerte.

DE REOJO

Alguien, alguna vez,
te ha visto de reajo.
Alguien, hace un minuto, ahora mismo,
te olió, te oyó acercarte,
advirtió en tu silueta
que una promesa se cumplía,
dio nombre con tu cuerpo
a otro cuerpo que sólo imaginaba
y renunció a mirarte por más tiempo:
renunció a ti, se abandonó a sí mismo,
miró sencillamente hacia otra parte.

Alguien, sin que lo hayas notado.
Alguien, un solo par de ojos,
en un solo momento
de su vida y la tuya,
de la tuya y la mía.
Dedos que no van a rozarte.
Labios que no dirán tu nombre.

ZAPATOS

a Teresa, que los padeció tanto como yo

Teníamos que llegar a un sitio cualquiera en la ciudad y estábamos del otro lado. Así que la suerte, para empezar, no ajustó bien sus pasos a los nuestros. La mañana. Una brisa cortante nos empañaba los anteojos y encima esa vocación de las banquetas por acabar abruptamente, hacerse angostas o empinadas, implacables. Yo había estrenado unos zapatos que parecían inofensivos, que parecían zapatos nada más, no trampas homicidas, no calculados hoyos de infortunio

—como vino a probar la caminata. El mediodía. La calle fue volviéndose cosa de kilómetros y de pasillos sin fin y de butacas ausentes. Primero el talón, después la llanura del empeine, la flexible agudeza de las uñas: polvo serán, mas polvo que se alcance tras refinados plazos de tortura. La noche. Había que regresar

a casa de aquel sitio cualquiera, de aquella gruta o silbadero

de sierpes que ya era toda la ciudad,
¿y cómo? Alcanzado
el resguardo, estando a salvo,
entre sacos de lana y calcetas maternas,
¿dónde poner las botas? ¿Bajo qué
mueble hospedar al enemigo?
¿Quién sabe, pregunto
aún desde el umbral, sin morder el anzuelo,
por qué sangriento humor de los modales
hay que aceptar al verdugo en nuestra alcoba?

MENSAJE DEL QUE DUDA

Rien ne m'est sûr que la chose incertaine

VILLON

Digo salud cuando estornudo, y buenas noches
al mirar contra el sol mi cara en las vidrieras.
Si voy de pie, me cuadro los anteojos

para observar los charcos que no evito,
los setos que atravieso. Y con los mapas
me ha quedado muy claro que en la calle

donde vivo no hay gente, ni casas —no aparece
ni siquiera el buzón que guarda estos renglones.
Ayer, sin ir más lejos, traía metido en la cabeza

que ningún mar excede al pez que lo ha bebido,
que si dejara de pensar por las mañanas
pensaría por las tardes, y las cosas del mundo

tropezarían de nuevo con mis dedos
y yo diría salud y buenas noches
y no metería la mano al fuego por mis manos,

que parecen cada minuto menos fuertes,
más largas. Y aunque ya sea otro tema, sólo pido
vagar por una tierra en que las lluvias

no deshagan la flama —y estar vivo
al morir, de pie, despierto
para observar las vidrieras que atraviесе,

para testificar que sea seguro lo inseguro.

JUST FOR THE RECORD

Nunca he debido preguntarme
cómo –en la práctica– llegaron
los astronautas a la luna,
las vueltas a la tuerca,
Dios al octavo día.

Siempre mis dudas fueron otras.

Comenzando por hoy en la mañana,
siempre –que significa casi siempre–
me han urgido cuestiones de otra índole,
como qué da sosiego a los imanes,
por qué nos duele que se rompa un vaso,
cuándo la noche se hace madrugada,
qué hay tan incómodo en los tres
pies del gato,

cuándo la madrugada
también es la mañana,
cómo –en la práctica– llegaron
los pájaros al pico,
la serpiente al veneno,
el oro a la moneda fraccionaria,
las fortunas al índice de *Forbes*
y otras dudas acaso menos tontas
pero que, por pudor, mejor se olvidan.

CALZAR DEL 30

*Mis pies miden treinta centímetros
y los de mi hermano el mayor treinta y dos.*

RICARDO CASTILLO

Nadie que no calce del 30
sabe lo que significa estar solo.
Puede constatarse.

A las tiendas
llegan diez, quince pares de zapatos
de cada una de las otras tallas
y sólo un par del 30, y eso
porque los pies vienen de a dos
y nadie compraría un zapato solo
si así se lo vendieran.

Aunque yo sí lo haría.
Pagaría siete veces el izquierdo
en espera del par,
y el derecho, negado siete veces
y siete por setenta
imaginado,
se me presentaría en el sueño
como un padre,
como un ancestro de talones anchos
y empeines desmedidos,
como el pie y el zapato al mismo tiempo,
y me ataría con sus cordones
de la mano
para llevarme a donde hubiera gente
de pasos y pisadas comprensibles.

Calzar del 30 no da risa.
Tampoco es ningún drama.
Pero a veces hay directorios telefónicos
tirados en la calle
con datos de otras eras
o del armario salen cajas
de comercios que fueron liquidados
y uno se ve los pies, los interroga,
un poco los levanta con prudencia
y vuelve a dar con ellos en el suelo
y no adivina cuándo ni en qué sitio
hayan servido, hayan sido comunes,
hayan cabido en calcetines
o hayan roto invaluable corazones.

COMO ADENTRO DEL AGUA

*Vivo a tanta distancia de mis manos
que no alcanzo a atisbar
las palabras que escribo.*

JUAN VICENTE PIQUERAS

Veo segundos por todas partes,
que sobran y que faltan. Que son piedras
arrojadas a un cielo, dadas a un mar por el que todavía
no pasan cuervos ni soldados.

Alejándose,
la lluvia gana los países vecinos: recupera

el vacío que no fue, la plenitud
que no será tampoco. El tiempo
es llegar tarde o es morirse
en la víspera. Estar es llegar siempre
a una ciudad que rostros anulados,
que sequías uniforman.

Las voces, los jardines,
los motores, las bocas, los ejércitos:
lengua que ignoro, ciencia
de ordenados misterios.
Todo está
cerca,

donde no lo alcanzo. Oigo
como adentro del agua.
Vivo tan lejos de mis manos
que no alcanzo a escribir
las palabras que miro.

*Cómo voy a dormir
si el cortaúñas está solo.
Con qué voy a soñar
si no encuentro mi almohada
ni entiendo qué cosa sean las tres, las ocho y cuarto, el mes que viene.*

*A ver quién me lo explica.
Esta cuchara estaba en su lugar;
ahora resulta
que la cuchara sigue donde mismo
pero ya no hay lugar en torno a ella
ni arriba, ni debajo, ni en mi boca.*

*Ya no quiero fideos. Ya no quiero frijoles. Ya no quiero tortillas.
Le regalo mi postre al que me cuente
qué opinan de la vida los difuntos,
del día las estrellas,
la nuca de la frente.*

*Cada sombra es un foco atrás de un cuerpo.
Cada grano de azúcar
trae debajo una hormiga.*

DOS

Lo dicho: corredores de obligada penumbra.
De polvo, de nubes que diluyen la extensión de la frente
y la extensión del aire. La planicie del aire,
que se ahueca y reordena sus aristas en el rostro convexo que las
horas han dado a quien las bebe.
Cuando la calle está ojerosa de puertas.
Cuando la noche amontaña sus paredes, cuando eleva
hacia el fondo gutural de las ventanas un susurro de tela, una cifra
de insinuaciones y tormentas que arrojan el tacto.
Ha llovido. El suelo es una repetición de labios minerales.
Un collar y sus piedras son trozos de hielo. Una cuerda y sus nudos
el doblez sin orillas de la sombra.
Columna de rincones, cavidad de concreto,
varilla de piel, hoja de rostros: uniones, mitologías
que acechan tras un lago revuelto
y emergen a pie, pátina y entre los dientes leguas, brújulas, morder
el agua,
como después de un naufragio victorioso, una heroica derrota.
Uniones, concubinatos de imperceptible perfume: ¿quién escucha,
quién oye al lodo descalzarse? Lo dicho: corredores.
En irritados pasillos nocturnos, en pausas bajo las que hierven los
buitres,
dos vientos se rozan. Pesan lo que el transcurso de sus piernas, la
agitación de sus rodillas, el vapor clandestino de sus tibias:
lamen,
como dos látigos que tuerce el encierro,
sus llagas. Heridas también de aire, curvas como alfanjes copiados
por el frío.

Rozan, lamen: sus gemidos no anuncian la mañana pero alertan el tiempo, que es un despeñadero de naipes, de augurios, de provisiones mermadas gradualmente.

Al túnel lo bloquea una intermitencia de corrientes y aullidos casi genitales.

Viento; vientos de temperatura adolescente: la mañana es una piedra cayendo hacia los ojos.

La mañana, otra vez la mañana, como una atlética pesadilla, como un tambor de caza endurecido en vaho. De polvo: ¿también es aire?

Es más que lo dictado por las claves del juego: lo dicho, niebla.

COLD FEVER

Ir más despacio. Cada vez
entrar con menos pertinencia

y al final no llegar ni estar ausente.
Oír, también despacio,
al pájaro en las vísperas del trino
y en el instante del trino verdadero

no estar ya nunca ahí: no haber estado.
Aprender a callar como se aprende
a cerrar, durante el beso,
los ojos: por olvido.

No entrar. Quedarse a punto. Ahí:
donde consienta el misterio la pobreza
del oro, el fondo
insípido del vino.

Ir. Cada vez
más despacio.

POCA MONTA

para Manolo González (1967-2012)

Éramos poca cosa.
Pocos muchachos, y de poca edad,
y poco preparados
para encarar los grandes temas
—como dicen—
del amor y del mundo,
del cielo y de un país inhabitable.

No éramos casi nada.
Inventábamos campeonatos
de boxeo, fut-bol
o caminata vagamente olímpica
para tener alguna medalla que colgarnos.

Ya nos avergonzábamos entonces
de los adultos que no éramos
aún, serios y horribles,
y al final nos burlábamos del alma
por vengarnos del cuerpo,
que se burlaba de nosotros.

Te vi la última vez
en un lugar estúpido:
un restaurante de franquicia
entre tiendas idénticas las unas a las otras.
No recuerdo haber dicho
nada de lo que ahora te diría.
Tú hablabas mucho por teléfono.

Al salir de aquel sitio
éramos, obviamente, poca cosa.
Hoy puedo recordar con precisión
la niñez hilarante que vivimos
o la espantosa pubertad
o la primera juventud confusa
–los adjetivos pueden barajarse–
pero no las palabras
que me hayas dicho al despedirte.

Quizá porque al decirnos hasta luego
fuimos triviales a propósito,
sabiendo –como sabe todo el mundo–
que no hay palabra que no hable
de lo mucho que fuimos, de lo poco
que somos todavía.

GET BACK

Ocho días por semana
los Beatles me cantan en directo, porque tengo un hijo
que tiene cuatro hijos: Ringo y George, John y Paul,
formados en parejas
de un vivo y un difunto,
un mirlo y un pandero,
un Bentley negro y un agujero en el bolsillo.

Ninguno tiene
64 años: dos nunca
los cumplieron, dos
ya los rebasaron desde cuándo.

Y los cuatro,

aunque pudieran repartirse
de a dos los ocho días de la semana,
prefieren desafiar la lluvia
y el enero de Londres
en azoteas incomprensibles
gritándonos a todos que volvamos.

FRAGMENTO

Los demás, que son el infierno, añaden a tu rostro una capa
de rememoraciones.

La diluyen también
o la retiran, agravándola:
polvo que reducido a polvo
se acumula.

*

Los demás, que son el infierno, añaden a tu rostro
un silencio equivocado.

Lo llamas el destiempo, y no te escuchan.

(No están para escucharte. Quieren todo. Sin la hora, los
minutos les sobran.)

Lo llamas la separación
o la ceniza,
la voz que bastaría para decirse muerto.

*

Los demás, que son el infierno, retienen las formas de tu cara
en las inmediaciones del anochecer:

la hora en que todo lo visible
retrocede, y la primera lámpara
enciende una segunda,
ya menos arbitraria y menos dulce.

(Sombra, mi
sombra, no seré yo quien te proteja.)

*

Los demás, que son el infierno, retienen las formas de tu cara
en las formas de tu cara. En el mundo
no se acaban las puertas,
no terminan los nichos.
Y no porque haya tantos habrá uno.

*

Los demás, que son el infierno, sonríen con los ojos, ven con
las manos y descifran para ti el final de los pasillos.
Afuera los árboles resienten
el estrago de la serenidad,
y el reposo los hunde.
Tú debes nada
más entrar, o nada.
Soy el que busco el que busca el que buscamos.

*

Los demás, que son el infierno, sonríen con los ojos, te llaman
con los párpados
y al cabo se repliegan en tu nuca.
Míralos: ¿pintan de negro las últimas estrellas?
Lo hacen
si oscurecerse conviene a la mirada.

*

Te llaman con los párpados.
Se diluyen también, o se detienen:
al cubrir mis tobillos
resolvió detenerse la marea.

Llamándote nosotros, pese a todo. Que somos el infierno.

El acuario,
la virgen, el cangrejo. Entre la savia
y el tallo y la caída
numerosa de las tempestades
crecen los ángulos de un astro.

Su hielo penetra las murallas.
Su imagen invierte los conjuros.
El león, el escorpión, el
cordero.

3

Duerme
la desnudez. Aparición de la materia.

La tenue luz de la ceniza,
parpadeante, su mañana
de brasa humedecida y labios áridos
nutre la madurez de los objetos.

Con el día, con la
música del exilio: duerme.

Una cabellera, un brazo
curvo. La cintura
que repite la transparencia de los velos.
El sabor de la sal, el tiempo de la roca.
Aparición, y gesto,
y disolución de la materia.

Y el desierto, y la espada.

TÉRMINOS DEL CAFÉ

Se tardan en llegar, pero al fin
llegan: las migajas
de pan al fondo del café
con leche. Alguien pide
la cuenta y no sé dónde
se escondieron los taxis, los timbres
desatendidos del teléfono, las corbatas
en suma. No le cuesta
llegar, porque al fin
es lo mismo: la cucharada
que raspa la taza por el fondo,
las gotas del estribo,
las migajas
que estuvieron aquí desde el comienzo.

WESTERN

leyendo a José María Guelbenzu

Me dices: "Todos están muertos."
Todos bailan aún
porque se están muriendo.
Buscan discretamente en el buzón
una palabra ansiosa; encargan,
sin mediar el segundo, un tercer
trago; cantan o murmuran
porque se están muriendo.

Me dices que todos están muertos.
No los arrastra la serenidad: se dan,
a plena luz, de lleno
–y eso con lo que miran son dos ojos,
y redondos– contra las vidrieras.
No los obliga la sabiduría:
cambian de tono y se preguntan

cuántas manos les estarán dando la mano
en cada barandal; cuántos pueblos de oro,
diferidos, cuántos rostros de oro,
frágiles y ardientes, de lleno contra el aire,
se agolparán al centro del desierto
llamando al jinete que los hunda,
los humille. Sin mediar un segundo,
el tercer trago: y bien muertos.

(En el buzón, discretamente,
habrás deslizado este mensaje:
“¿Hacia dónde se mueven
los que bailan?”

Ah, puertas que existan
únicamente para abrirse, para nunca
abrirse. Como sus ojos, te respondo:
hacia ninguna parte.)

LAMENTO

a Héctor González

Uno pierde vista tras tanto tiempo
de mirar nada.

Uno pierde sensibilidad, células del gusto.
(¿Y qué ha sido del silencio en todos estos años
de mi ausencia?

¿Permanece intacto –*virgen* es la palabra–
o lo han corrompido como al agua,
como al tiempo?)

Uno pierde los dientes gritando, escupe
sangre.

Uno cree que sus labios ya no tiemblan
y que su estómago puede hablar
aunque sea sólo en silencio

–uno puja.

Pero no.

Hice tanta vida,

perdí

tan mucha muerte en el destierro
que ni al mismo destierro reconozco.

TRAS EL FESTEJO, EL HERMANO DEL HIJO PRÓDIGO SE RESUELVE A MOSTRAR QUIÉN ES EL PEOR DE AMBOS

El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a su casa, oyó la música y los coros. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque le ha recobrado sano." Él se enojó y no quería entrar, pero su padre salió y le llamó. Él respondió y dijo a su padre: "Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos, y al venir este hijo tuyo, que ha consumido tu fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado." Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado."

LUCAS, 15: 25-32

Suponiendo que te lo diga.

Vamos a suponerlo. Que yo te diga:

"Soy el peor de tus hijos".

O, a lo mejor, que lo mitigue:

"Vengo, padre, como el peor

de tus hijos." Como si el peor

fuera el otro. Como si yo apenas

me le asemejara. Supongamos.

¿Ganarías algo con oírmelo?

¿Te venderían la gasolina más barata?

¿Conseguirías jubilarte por adelantado?

¿Te dirías a ti mismo: "Es lo que yo

esperaba oír", y entenderías entonces
que ya no soy el peor, ni casi el peor,
pues he mejorado al admitirlo?

Brincos diéramos, padre. Bueno fuera.

Tendrá la culpa esta memoria,
si tú quieres. Qué digo
esta memoria: este recuerdo
solo, del día que temiste
tener un hijo menos, pues
ya no estaba por ninguna parte,
y me pediste a mí con la mirada
y un movimiento indigno de la mano
que fuera tus dos hijos, y que fuera
de preferencia el que perdiste.

¿Tendré la culpa yo, que soy
esta memoria? Qué digo
esta memoria: este recuerdo,
el rastro de la voz –mi propia voz–
del hijo que dejé de ser,
y para qué: para no ser
tampoco el otro. Qué digo
ese recuerdo: más bien el de tus ojos
mirando a través de los rebaños,
cruzando los campos de trabajo
y topándose al fin con el hombre que venía
y era el hijo perdido y el hermano
que yo no pude ser, que no fui nunca,
que se quedó sin mí al estar perdido

y me dejó sin él,
que me quedé también sin ambos
al irme sin mi cuerpo y al dejarme
a solas con tu tierra, padre,
solo de ti, solo de todos, a la espera
del día en que volviéramos, del día
en que pudiéramos al fin reconocernos.

Un muerto es poca cosa

*El pantalón que fue de un muerto y aparece
raído a media
carretera, ni siquiera
roto,
ya no digamos
desgarrado,*

un pasaporte, las llaves de una casa,

*un par de zapatos
a medio usar*

*son
más que un muerto.*

*¿Qué tal
si todo fuera cada vez
menos?*

*El que no sea fantasma todavía
que levante la mano y pida tiempo.*

TRES

Como follajes crecientes, hojas que aumentan, que envejecen de cara al mediodía. Como follajes que envejecen, aumentan mientras adelgaza la sombra, como sombras que pierden su cuerpo debajo del mediodía filtrado por las ramas. Como la luz directa de las hojas, que pulsa más allá de su propio corazón, hiere más allá de su propia quemadura. Como un agua vacía, como un tinte vacío.

El aire o las aves retiradas.

SONETO DE LA ESPERA

Úrgen constancias, actas, credenciales,
cuatro fotos tamaño pasaporte,
un discurso en favor de los discursos
y la fecha, y la firma, y dos testigos.

Úrgenme, desde ahora, otras dos manos,
tres pies, un gato, un dios que no se burle
ni de mí, que no sé, ni de quien sepa
cuánto tarda en cruzar un cuervo el cielo.

Tanto tiempo que dura una jornada
laborable, o labriega, o laboriosa,
y uno sin alcanzar la ventanilla

donde quizá le informen, de haber suerte,
cuánto tarda un minuto en ser un año,
cuánto tarda uno mismo en ya no serlo.

SONETO DEL HIJO

Tengo un hijo. La gente le sonrío,
le pregunta de quién son esos ojos,
baila con él canciones de animales
y el perro, el oso, el gato las corean.

Yo mismo le recuerdo esas canciones
–callándome, cantándolas a veces–
cuando, si vela, vale más que duerma
o, si llora, lo correcto es que ría.

Con las manos alcanzo a sostenerlo
si es que por algo pierdo el equilibrio:
me digo que lo tengo, y canta el gato

y en verdad me despierta en madrugadas
en que yo tengo un hijo que me toca,
me sonrío, me alcanza, me responde.

TOAST MODERNISTA

Brindo, en primer lugar, por la clavícula.
Número dos: por ciertos abarrotos
y ultramarinos de bodega y mesa.
Número tres: por la crueldad, la saña

y el olor de la imprenta y el consuelo
del éter y los álamos asiduos
del parque abandonado y los faroles
a medio gas y las pestañas falsas.

Brindo por mí: por lo que digo ser,
por la gloria diabólica o divina
de hallarme a todas horas en el mundo

fingiéndome distante, ajeno, incierto
pero en verdad sabiéndome corpóreo
y adicto, cuando mucho, a los esdrújulos.

EL SUEÑO

Todo el amor, si es mucho, es poca cosa.
Todo el amor, si es poco, es demasiado.
La noche, tras arder, se ha disipado
y el sol es la persiana en que se posa.

De luz, no de razón, es la dudosa
orilla de los cuerpos. Lo deseado
vuelve del sueño al día y, a su lado,
lo sueñas tú, rozándolo, deseosa.

El ruido es más tenaz que la mañana
y al cabo llegan voces del presente
que conducen el mundo hacia la tarde.

Todo el amor, si enferma, también sana
y es poco, y es de noche, y no se siente
y sueñas otra vez, y otra vez arde.

*A mí la cuchara no me sirve.
La cobija. La ventana. La
pierna derecha no me sirve
porque a la izquierda no le sirvo yo.*

*No me sirve
tampoco
estar diciéndolo.*

*Nada que yo dijera, ni la ce ni la erre,
ninguna canción que yo cantara
diría nada en mi lengua
ni haría bailar a nadie. A nadie*

*tendría
por qué
servirle
nada.*

*Nada que yo dijera. Si les dijera sálvenme.
Nada que me dijeran. Si me dijeran vuelve.*

CUATRO

El aire exhibe su materia y se deja oler de pronto como si fuera una glándula radical y expansiva.

Pareciera que una vejiga invisible, inexistente, ha explotado afuera de la atmósfera

y ha dejado que el mundo, sin saberlo, se enrosque bajo el amparo de sus líquidos.

Los guerreros vuelven a casa y en huecas vísceras de bestia hierven sangre de bestia: podrían seguir matando, cantan su pertinaz hambre de sangre.

El buey sacrificado, cantan, muge por última vez sobre las brasas, cuando el pellejo esférico revienta. Es lo que dicen:

el mar sabe el camino de los barcos

y en las gaviotas reconoce un giro de su espuma.

En las gaviotas proyecta un semicírculo de arena, de un vaho cristalizado a través de su propio esqueleto,

del esqueleto que descubre en el unánime ascenso de sus brillos.

Reflejos en el agua: el aire guarda vestigios de una guerra, emblemas, soles de una vieja y laboriosa guerra.

Ah, medallas como nubes, ¿quién ha muerto a las rodillas de un pecho tan azul y tan gris,

tan elevadamente, así, dicho tan hondo, y ha legado

al aire las flechas de su carga? El aire exhibe su materia:

lámparas, alucinados brebajes contenidos, detenidos a rastras, a empujones, cuajados en la indolencia del verano.

Igual a ver pasar un regimiento de salivas, un escuadrón de burbujas dúctiles y rellenas de nada.

Rellenas de lodo, cantan: igual a ver pasar en la campaña una res y herirla y escuchar cómo sufre y abrirla y encontrar lodo en ella. Fango.

¿Quién canta ahora? No las gaviotas, que trabajosamente mascan su miseria. No las nubes, mudas excavaciones en los ojos del ángel. No la resina que arde en las linternas. No las redes ni el pez estrangulado.

El árbol sí, pero inaudible: arde. Igual a una apuesta que al despertar se pierde, igual a quien la sueña, que ha de lavar por la mañana su rostro de aventuras, el árbol.

Qué delirio de naufragos lo funda, cargado de frutos elusivos, vestido de adormideras que tiemblan como llantos: lo ven al centro de sus casas, lo ven azuzando ante su cara una raíz de caracoles,

mariposas que desteje el tiempo. Ven

al árbol. Lo dicho: corredores, patios regados en la obligada penumbra del sueño, la penumbra franca del mediodía. Árbol del sueño.

El aire y la sombra. El aire

y su sombra, que merodea los extremos del mundo y los desnuda como a redes labradas en un golfo sin costas, como a pulpos que llegan a esas redes

cantando su pertinaz hambre de sangre. Vuelven a casa los guerreros, y un aire atroz los amamanta.

El humo.

Fondo de las trampas, substancia de las trampas, substancia de la horca, veneno del veneno. El aire exhibe su materia,

luce el perfil afilado de sus huesos, la niebla como pantano de sus huesos.

La quebradura de los troncos. Cómo descende el aire

y finge una caricia al sacudir la semilla,

cómo se disfraza y se acuclilla el aire y finge una caricia al aturdir la semilla. El aire se disfraza de aire y usurpa su ración de techos, apresura las brasas

de las fiestas,
donde cantan los hombres: en su corazón la noche se disfraza de
corazón,
en sus cabellos el viento se disfraza de cabellos. El aire exhibe su
materia: la impostura,
la transparencia que es un gesto, el gesto que es un remolino que
es una resaca, un forcejeo de pieles y cabellos nerviosos como
itinerarios,
como viajes de huida, como el viaje del que lleva por bulto un poco
de agua en el cuenco de las manos.
El aire exhibe su materia: los cuerpos que perfila, las frentes que
diluye, que incorpora a la extensión del polvo.
La planicie del polvo. Los guerreros
no han abandonado el canto.
Nadie renuncia ni a su dolor ni al aura de sus luchas. El aire finge
ser fuego
y el fuego finge ser canto: los envuelve. Lo dicho: pareciera que una
vejiga ha explotado afuera de la atmósfera
y el aire finge no serlo, y no hay atmósfera.
La tierra es la noche de la tierra.
Cantan.
La materia y el aire. Un lodo anida en la garganta.

OLVIDOS

y había un país entre la vida y la muerte

JUAN GELMAN

Hay un país entre la espera y el fuego.
Un largo territorio, como playas.
El cielo se carga de gaviotas, y esa nube
parece recordarte.

Hay un país entre las naves y el puerto.
Cuando vives en él, eso te han dicho,
el agua bebe de tu mano
y se mece tu cama bajo la respiración de los tigres.

Hay un país entre los muros
de la sangre y la huella
impar del trueno. Ante la vida
y la muerte, la viva

imagen de todo lo que un tiempo
fue las nubes, el agua, las gaviotas.

LA IDENTIDAD

*Mis palabras,
al hablar de la casa...*

OCTAVIO PAZ

Las palabras se agrietan.
Hablo y estoy mirando
a todas partes.
No las palabras: los minutos.
Mansas rayaduras de sombra
limitan el destino de los cuerpos,
separados de golpe por la luz.
Hubiera de noche sólo un cuerpo.
Hubiera tantos rostros señalándose
con la desposesión,
lejos o en contra de las formas.
Los nombres
no vuelven a decirse. Las palabras
se agrietan.
El reloj da una hora equivocada.

*

Cacería de figuras, puertas
de umbrales desmontados:
el río –un río– empieza a detenerse
y dos filas de árboles avanzan.

*

Cacería de sonidos, puertas condenadas,
postigos trabados por la hierba.
Sedimentos,
agua color de sangre

seca y afilada
blancura: el reposo de un astro
en el aljibe. Anterior a la voz
sube a la superficie nuestro eco.

*

Ventanas, puertas
nítidas.

La casa

y el día que la dejamos
inesperadamente hundida,
sin nuestros ojos
viendo adentro,
vuelven

con la irrupción de un hombre
que agita monedas en el puño,
que parece llamarnos desde un nido
de avispas:
diez

o veinte años antes,
nunca y las vísperas
de siempre, era él quien daba inicio
a la mañana con música de radio
y panes entreabiertos,
bajando

despacio por la calle.

HERMANOS

Entre dos cuartos con la luz prendida
siempre hay un corredor de sombra, una escalera
y algún reloj que da la hora
innecesariamente.

Afuera, el guayabo y la impaciencia de los gatos
llenan el patio de sonido y espera.

En el centro del árbol
zumba el delgado aviso de un agua no visible.
No hace falta oírlo. El agua es la distancia
que separa las pulsaciones de la tierra
de la calma del tronco.

Dos cuartos, una luz prendida
y otra que acaba de apagarse:
la lluvia, en el patio, está creciendo.

*

Tu cuarto, el mío
y, estricta, entre los dos
la pared blanca.

*

¿Qué ves en mí
cuando no estoy mirándote
y luego te sorprendo a punto de reírte?

¿Qué ves en mí
cuando no estás mirándome
y ni siquiera me imaginas, absorto
en las fugaces palabras que otros dicen
callando y, al callar, borrándose?

Las criaturas también guardan silencio
en la esquina del techo y las paredes:
las arañas, que tejen cada una
los tiempos de una boda irrealizable
y la mosca, centella del centímetro.

Si el tiempo se llamara de algún modo,
si estuviera escrito,
no podríamos leerlo –conocer su nombre–
mirando cada quien papeles diferentes,
hablando cada quien de cielos diferentes
y cada quien revolviendo en la memoria
palabras diferentes: yo las tuyas
y tú quizás las mías,
fugaces.

Pero al final escucharíamos juntos.

INVIERNO

Evil air, a frost-making stilness

TED HUGUES

I

La nieve
deja sus huellas en la nieve. La nieve

blanca
deja sus huellas en la nieve-

Calma congelante / Permanencia
Viento imposible y mutilado
Aire y diciembre
detenidos

II

(Espejo)

Lago de olas detenidas, ¿quién respira en tu vientre?
"Mi aliento es de agua y lo respiro"

III

El agua blanca
deja sus larvas en la nieve. La nieve
blanca
es una mancha enana entre la hierba

LA DISYUNTIVA

Entre la soledad
y estar solo,
escojo lo segundo.
Lo mismo entre la dicha
y ser dichoso:
lo segundo.
Entre los años y los días,
lo segundo. Entre mi nombre
y tú al decirlo.

Hay quien me ve llegar
con paso lento
y escoger lo segundo,
lo que viene detrás, de peor es nada;
me ve con piedad intransigente,
con lástima implacable
de cazador apenado por su presa.
Yo recojo los restos,
hago con ellos un sombrero, una corbata,
y saludo a la usanza cavernícola.

Entre la espera y lo esperado,
lo segundo.
Entre los puntos
y las comas.
Entre los ya
y los todavía.

MARZO PARA SIEMPRE

para Teresa, veinticinco años después

El mundo era otro mundo.
Se hablaba de países, de palabras, de himnos
que ya no quieren decir nada.
Incluso los mendigos y los bancos,
que siempre son iguales,
eran otros.
Otro era el mundo
y, por lo visto, no era para siempre.

Nos preocupaba la cursilería.
Nos preocupaba decir más
o menos de lo necesario.
Las canciones nos daban la palabra
y en algunas,
aunque nadie pudiera explicar cómo,
marzo era marzo para siempre.

Yo te miré de cerca,
tú me viste mirarte
y era normal que preguntáramos:
¿qué tal si marzo fuera para siempre?

Que todo se perdiera
qué importaba:
la vida o el amor o Amado Nervo.
La canción importaba

contigo viéndome de cerca,
yo viéndote mirarme
y marzo siendo marzo para siempre.

SASKIA

Tu rostro viene de telas engañadas.
Viene, quizás, de la respiración de los enfermos,
del espacio en que todo sobrevive
pero no todo se alza. De tu rostro

adivino al principio los colores,
el blanco rosáceo de los pómulos,
el tono protuberante de una ceja
o las raíces del pelo, vueltas carne:
figuras, cosas del tiempo, indefinibles
pasos del aire y de la noche por las calles húmedas.

Algo en tu espalda, sin embargo, y en la reserva de tus codos,
me hace tender la mano detrás de lo que fueras
y con tu misma piel rozar lo que no fuiste.
Hay líneas que sirven a los rostros
y rostros que sirven al vacío.

Pero no hay mundos al margen de tu cara
ni luces que no lleguen de tu sombra.
Un rostro se asoma entre cortinas
rígidas, falseadas, y mis ojos

despliegan su párpado más hondo,
pues tú eres en verdad lo que renace.

DOS CANCIONES

No me importa mi amor; me importa el tuyo.
Panes de ayer, alfombras desteñidas,
un ajedrez al que le faltan peones
y miércoles que hubieran sido viernes
erosionan el mío,
que no respira por su cuenta
ni sabe deletrear sus pobres apellidos.

El tuyo, en cambio, apacigua los motores,
ordena la sombra en el verano,
convence a las moscas de alejarse
y añade ventanas a los muros.

Esquiva el pez la red
contigo, y junio las tormentas,
y se alargan las noches de silencio
y huele a caravanas
de romero y azufre, de algodón y petróleo,
y a sudor de animales no advertidos
cruzando una ciudad como la nuestra:
dispareja, tenaz en la fealdad,
hierba y cemento como dos canciones
cantadas al unísono.

No me importa mi amor, que apenas es la red
y apenas la tormenta –grandes voces
temibles, aunque inofensivas–;

me importa el peón faltante,
y es que al mirar su ausencia en el tablero
cabe ignorar al rey, las torres
y el resto de las piezas.

LA SALVACIÓN

Contra el avance de la ruina,
contra el avance irreparable de lo que no tuvo principio
y no tiene memoria,
lo que amarga la dicha de los frutos,
de las pausas,
te miro caminar hacia los árboles.

Tus pasos describen la orilla de las hojas,
la silueta de cada una de las ramas,
y los troncos descansan en tus manos abiertas.

Contra el designio que retrasa la muerte
de los que sólo buscan morir.
Contra el motor que horada como una súplica la noche.
Lejos del aire

o del tránsito amarillo y plumizo de los cuervos,
la tierra se ordena bajo esas pocas hojas
y el cielo se reduce.

Vuelves a caminar, porque los vientos quieren que lo hagas.
Los troncos, igual que si vinieran
de la niebla, descansan
en tus manos de nuevo –y entre tus dedos se repite
la destreza de la bugambilia, que sostiene los muros
sin tocarlos.

Vienen todos de blanco.
Vienen todos con flores, con ofrendas
y la crueldad solar de mayo
los empuja, sin que puedan saberlo,
hasta el regazo de una madre
no menos cruel ni menos fervorosa,
infecunda y avara, pródiga y repentina,
dulce al herir, áspera en la ternura,
no menos entregada y asfixiante
que un sol como el de hoy,
que un sol como la suma
de todas las estrellas jóvenes
y todos los incendios.

Tienen

tres, cuatro, cinco años
y nada saben ellos,
nada sé yo tampoco
salvo que hay flores que se abren,
que apenas lo más vivo y lo más frágil
nos atrevemos a ofrecer
en el más despiadado, viejo y feroz de los altares.

CINCO

En aquel tiempo, que nadie ha vivido todavía, los hombres se alisaban el pelo con rudos fragmentos de canoa y pulían sus dentaduras con frases de concreta inclemencia.

Pulían sus mandíbulas con labios inflamados e intermitentes, con la cera de antorchas que arrancaban gemidos como hierros a la espalda nocturna de los muros.

Eran los muros, la piel interna de los muros, la cárcel encarnada en los muros como el brillo en la materia del párpado. Lo dicho: el párpado. Eran el ojo, ellos eran el ojo.

Eran sus ojos como un ojo total emblanquecido ante las altas paredes de la costa.

Como no ver nada en la playa, como no ver nada en el mar, la ceguera. Como decirle a oídos sordos: el agua es transparente, pero es el agua.

Como nunca oír en el canto de los hombres la palabra agua. Ellos eran lo ciego de su vista, eran un ojo solitario y mudo, un cuerpo agachado en la inminencia del patíbulo como el ágil mendigo que ha herido de muerte al Heredero, como el ágil contrabandista que ha herido de muerte al Heredero, como el ágil dragón que ha violado a la santa sin que siquiera lo sospeche su héroe: el Heredero.

La cercanía del patíbulo, la extrema cercanía del muro es la ceguera.

Ellos han levantado el muro y el cadalso y en sus rincones dormitan como arena.

Duermen cerca del mar y no lo saben. Se alisan el pelo accidentalmente, cantando el infortunio de las naves. Cantando su fortuna: la destrucción

*de las naves, que ya no acarrearán el humo de sus sueños.
Ellos eran sus ojos. Los vimos al desembarcar pero el miedo nos
hizo creer que no los vimos.*

*Yo tengo su mirada en este puño:
nada.*

*Las torres murmuraban al oído de los centinelas: nada,
sólo una costa circular como el agua enterrada del aljibe.*

*Ellos casi no eran sus ojos, porque sus ojos tal vez guardaban la
imagen de una chispa, que no supieron desencajarle al vientre
de sus cuervos; porque sus ojos tal vez eran la estela retráctil
de una flecha, un perdigón disparado contra el día, que no
supieron dominar con las manos.*

*Porque a sus ojos los disolvió un arenal de vísceras, un reino de
anoheceres y pasmo y perplejos calendarios ilegibles;
y se quebró su mirada igual que una luna tañida por el tiempo.
Redonda,
como la tortuga enterrada del aljibe.*

EL PATIO

Aquel patio mide nueve metros
cuadrados, nueve metros, veintisiete metros
cúbicos, veintisiete metros jaula.
Aquel patio mide catorce años,
ha bebido, preciso, catorce dosis
de febrero. Paredes blancas,
aquel patio midió el campo, midió
una sombra. Aquel patio
mide el cielo
interrumpido por paredes blancas
quietas, higiénicas por detergente
y no por aire. Aquel patio mide
la tierra
estrangulada por baldosas de color baldosa
y rejillas de resumidero, mide
un pedazo de la tierra que habría medido
siendo libre, mide lo que mide a veces
cuando están abiertas las ventanas
o la puerta, mide lo que mide
cuando hay en él un cilindro de gas
o un montón de alambres oxidados, mide
los cien metros de una lámina azul verde
que cumple bien su función de bloquear el día.
Aquel patio mide catorce años
y lo que midió antes, lo que medirá
después de que el tiempo, cantando
la misma cancioncilla del origen,
lo derrumbe.

TALISMANES

Hay algo en el desván que pudo estar perdido,
que pudo ser la pieza que faltaba.

Un lápiz, una llave,
quizá los restos de un cuaderno
y el dibujo preciso de una isla
y un mar, y unos delfines
que desde el agua impulsan todo el aire.
Abalorios, juguetes cobrados al azar,
cancioneros que nunca te gustaron.
Una foto de grupo, y ese niño
al centro— ya no reconoces
la distracción de su mirada
ni el severo grosor de sus anteojos.

Ya no te reconoces.

Pero al subir la escalerilla
que conduce al desván (cuarto cerrado
por láminas de tierra y por sustancias
amargas)
te pareció la noche menos tenue,
los peldaños más firmes,
y sentiste el aroma de unas ropas
tendidas en el gancho de lo incierto.
Lo adivinaste: hay algo en el desván,
algo que pudo estar entre tus manos
y perderse, y entrar en la memoria
como salen del mar el aire y los delfines:
dejando sólo su reflejo.

DE LOS OTROS LUGARES

Razonablemente se llaman Iguazú, Groenlandia
o la casa de enfrente.

Sus nombres dicen que no estamos
ahí, en el punto azul o atenuado por las horas
que nuestros dedos exaltan sobre el mapamundi,
pero también, de algún modo,
que no estamos en ninguna otra parte,
que las cuentas del gas y del teléfono
no deletrean el nombre que nos toca,
que las cartas no llegan
porque no hay dirección que nos agrupe, nos dé una sola cara,
unos dientes,
porque bien pueden ser muchos los lugares
donde alguien dice aquí,
aquí no estoy, no hay nadie,
mientras recorre los mapas que te incluyen,
las sombras de la casa
que sin problemas ve desde la suya
y parece muy sola y sin secretos.

CREPÚSCULO DE ORTIGAS

1

La rápida fuga de los cuervos ha dejado en el aire un latir como de carbones que se apagan. Entre la dispersión y el vértigo, el vértigo y las alas, va creciendo la noche. Raíces. Nervaduras. La noche igual a un círculo de brezos. Nervaduras, raíces. Y la navegación pulsátil de la savia.

2

La brisa enturbia las colinas. Cubre después
el fatigado calor de las hogueras

y un sudor lento humedece las caras, los jirones
de hierro, el vaso roto que un huracán plantó
sobre la arcilla.

*Como sie sola la cibdad llena de pueblo. Cómo
está sola.*

Cómo canta en voz baja y quiere mitigar el roce
de los fríos.

La brisa encalla y se revuelve. La brisa encalla
y sopla como un toro

OTRA VEZ CON LO MISMO

Coincido, con alguna objeción, en que la vida
se va en un parpadeo.

Los años vuelan y pasan las generaciones
y uno lo admite porque sí,
con la mirada fija en ese tránsito.

El tiempo –nos han dicho–
no sabe más que irse,
pero también está frente a nosotros
como un caballo a media carretera.

Mejor no preguntarse
por qué, siendo tan breve un año,
tan milimétrica la escala
de la noche y el día,
ciertos lunes parecen infinitos,
interminables las mañanas de los martes
y robustos los miércoles en horas de oficina.

Todo en el tiempo es obvio,
como es obvio que hay tiempo
después del tiempo,
detrás, antes y abajo
y es trivial, y es fugaz, y mide nuestra muerte.

VINIERON BUSCÁNDOME

para Marco Aurelio Larios

Vinieron buscándome, bajaron
cuando el agua comenzaba a iluminarme
el cuerpo

tibiamente,

con esa temperatura que lo envuelve todo
mucho antes de que las sombras
hagan algo
para evitarlo.

Vinieron buscándome

y, al hacerlo,
olvidaron sus cadáveres
en la superficie de las piedras
que ablandaban, paso a paso,
sus pies curtidos de salitre,
sus despellejados tobillos,
sus días en el claustro de madera.

Vinieron a buscarme: no
tenían noticia
de que mi memoria era ya
un trozo de vidrio
pausadamente resquebrajado,
una espina marchita
embarrada de cal, petrificándose.

Encanecidos, como viajeros
llevando a cuestras
el turbio hedor de las prostitutas,
vinieron a buscarme
mis recuerdos.

ADOLESCENCIA

*Je parle à mes amis lointains dont l'image
trouble
Derrière un rideau de vacarme de cataractes
M'est chère comme un espoir inaccessible
Sous la cloche d'un scaphandrier
Simplement dans la solitude d'une clairière*

CÉSAR MORO

El sol, traste de bordes oxidados,
gira, si la mañana está de humor,
a setenta y ocho revoluciones
por minuto.

Tiene grabada una canción por lado
con trompetas de Händel –irrisorias–
y guitarras endebles de hace un siglo.
Alguna vez fue un dios,
como todas las cosas y las fuerzas,
pero no hay dios que valga en cierta edad
ni redención posible a los catorce,
quince años.

Y este sol yo lo miro en esos tiempos,
y lo puedo mirar porque no arde.

Siempre adoramos dioses obsoletos.
El dios que veneramos
lo amamos ya vencido,
con fracturas de tibia y peroné
o diademas horribles de princesa ultrajada.

El futbolista de la foto,
 Jürgen Klinsmann,
hace diez años que se corta el pelo
y en otros diez no tendrá pelo.
Bajo el colchón, revistas calcinadas:
esas damas de antaño
suman hoy, cuando menos, cuarenta primaveras
y el doble de visitas al quirófano.

No parece mentira
que pasen veinte o veinticinco años:
parece la más fiel de las verdades,
verdad como el azúcar en un postre
o el polvo en las persianas de la sala...
Con estas moralejas
hay fábulas por miles, por milenios:
más azúcar, más polvo,
más años y mayor la urgencia
de cantarlo sin dicha y con falsete,
mejor –de ser posible– con traje azul marino
y versos escandidos con metrónomo.

El que suscribe, triste de reír
sin más alternativa,
se declara insoluble
por veinticuatro pulsaciones
 como mínimo,
por lo que duren estos folios
–lado A, lado B–
de vejez achacosa y prematura,
sin otro fin que ahorrar lo suficiente

y reponer el gajo que faltaba
en la epopeya, la oratoria
patriótica y demás
aficiones del héroe jubilado.
Siempre amamos –lo dicho– al dios cuando se aleja.

EN LAS ÚLTIMAS

Antes de terminar,
déjenme hacer una pregunta clave.
Si el pájaro se va, ¿cantan las ramas?

Entiendo que ya estamos en las últimas,
que se acaba el papel
y no habrá tiempo ni para despedidas.
Muy bien, pero ¿en qué asuntos
irán a involucrarse las lombrices
cuando ya no haya nadie bajo tierra,
más allá del final de nuestros cuerpos?

Dije que nada más una pregunta.
¿Cuántas ventanas hay que abrir
para que lo de afuera no esté afuera?
Mejor dicho: ¿hasta dónde
se tiene que avanzar
para que nada quede lejos?
Quiero decir: el pájaro,
¿de verdad se distingue de las ramas?
¿De verdad serían, sin tierra,
lombrices las lombrices
y el cuerpo, sin final, el cuerpo?

Porque al morir el perro
debió morir dos veces
la pulga en concordancia:

una
de pasmo, de tristeza, de abandono
y otra de muerte natural,
sin patetismo ni agonía,
de pura negación;
muerte de ser aniquilada,
no de morirse poco a poco.

Pero no se murió
ni mucho menos. Ni a melón
le supo.

Se quedó abajo de la cama
con su pepsi de un litro y sus galletas,
tarareando una cumbia indestructible.

Sin el perro está sola como un perro.
Santo remedio, porque busca otro perro.

SIGLAS:

NOC = *Noctambulario* (1989)

NOM = *Nombre* (1990)

PHP = *Piedras hundidas en la piedra* (1992)

ACF = *El agua circular, el fuego* (1995)

CER = *La cercanía* (2000)

CTO = *Cien tus ojos* (2003)

PCO = *Por una vez contra el otoño* (2004)

RAP = *Reducido a polvo* (2004)

TRC = *Trece* (2007)

FEX = *Fractura expuesta* (2008)

ACP = *Adolescencia y otras cuentas pendientes* (2011)

SPT = *Séptico* (2012)

PNC = Poema no coleccionado

ÍNDICE

UNO	11
<i>Abierto el mar de profecías...</i> (ACF)	13
Abolición del viaje (PHP)	15
Medio de contención (CER)	16
Fragmento de un poema deliberadamente recortado (NOM)	19
De reojo (PNC)	20
Zapatos (PCO)	21
Mensaje del que duda (CER)	23
Just for the record (ACP)	24
Calzar del 30 (FEX)	25
Como adentro del agua (RAP)	27
<i>Cómo voy a dormir...</i> (SPT)	28
DOS	29
<i>Lo dicho: corredores de obligada penumbra...</i> (ACF)	31
<i>Cold fever</i> (PCO)	33
Poca monta (PNC)	34
<i>Get back</i> (ACP)	36
Fragmento (RAP)	37
Números (CTO)	40

Términos del café (CER)	42
<i>Western</i> (RAP)	43
Lamento (NOC)	45
Tras el festejo, el hermano del hijo pródigo se resuelve a mostrar quién es el peor de ambos (FEX)	46
<i>Un muerto es poca cosa...</i> (SPT)	49
TRES	51
<i>Como follajes crecientes...</i> (ACF)	53
Soneto de la espera (TRC)	54
Soneto del hijo (TRC)	55
<i>Toast</i> modernista (TRC)	56
El sueño (PNC)	57
<i>A mí la cuchara no me sirve...</i> (SPT)	58
CUATRO	59
<i>El aire exhibe su materia...</i> (ACF)	61
Olvidos (CER)	64
La identidad (RAP)	65
Hermanos (FEX)	68
Invierno (PHP)	70
La disyuntiva (FEX)	72
Marzo para siempre (PNC)	73
Saskia (RAP)	75
Dos canciones (ACP)	76
La salvación (PCO)	78
<i>Vienen todos de blanco...</i> (SPT)	79

CINCO	81
<i>En aquel tiempo...</i> (ACF)	83
Esto que doy (PNC)	85
El patio (PHP)	86
Talismanes (CER)	87
De los otros lugares (PCO)	88
Crepúsculo de ortigas (CTO)	89
Otra vez con lo mismo (ACP)	91
Vinieron buscándome (NOC)	92
Adolescencia (ACP)	93
En las últimas (FEX)	96
<i>Porque al morir el perro...</i> (SPT)	97

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Ma. Teresa Uriarte C.
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Leticia García Cortés
Subdirectora

Víctor Cabrera
Martha Angélica Santos Ugarte
Editores

Orden aleatorio, de Luis Vicente de Aguinaga, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de noviembre de 2015 en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica S.A. de C.V., en Pascual Ortiz Rubio No. 40, Col. San Simón Ticumac, Del. Benito Juárez, C.P. 03660. Se tiraron 1,000 ejemplares en offset, más sobrantes para reposición, en papel cultural de 90 g. Se usaron en su composición el tipo Brio-so Pro de 12 pts. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Víctor Cabrera y del autor.

TEXTOS DE
DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



OTROS TÍTULOS

Nuestro nombre

Rodolfo Mata

Liber Scivias

Claudia Posadas

*Convocaciones, desolaciones
e invocaciones*

Ethel Krauze

Perlas

Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal



Alejada de recursos deliberadamente efectistas y de trucos sospechosamente en boga, la poesía de Luis Vicente de Aguinaga se sostiene sobre un paradójico ideal de transparente opacidad: como un cristal de cuarzo que al ser atravesado por la luz mostrara sus vetas más insospechadas o como un sólido bloque de hielo que, al calor de una tradición asimilada con sobriedad y rigor y de un ritmo correctamente temperado, revelara dentro de sí estados inéditos de su propia materia.

Si la suma que implica una obra reunida obliga a una disposición cronológica de sus partes, todo esfuerzo antológico instaure necesariamente una nueva lectura, aislada, azarosa y tangencial de cada una de esas partes: un orden aleatorio. Reunidos de ese modo distinto de aquel en el que fueron originalmente concebidos en algún otro libro, los cincuenta poemas que conforman este volumen —que abarca veinticinco años de una de las más firmes trayectorias poéticas de la actualidad— son una depurada muestra de estilo y decantación poéticos, una pausada lección de cómo estar en el mundo con todos los sentidos abiertos a un instante.

Víctor Cabrera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura

ISEN 978-607-02-7393-3

